

FORMULARIO LB 1575

Ignacio Villanueva¹

Cansado de todo, una mañana decidió salir a caminar para despejar su mente. En los auriculares sonaba El Potro Rodrigo. Lo encontraron en varias partes, porque la locomotora no le hizo asco a nada.

Cuando se dio cuenta de su desnudez, se quiso matar. Pero, por reglamento de la vida, solo se puede cometer esta acción una sola vez. Calmó sus ansias cuando notó que todos estaban igual. Le pareció horrible encontrarse con Don Anselmo Figueroa, su antiguo Profesor de Zoología y Botánica.

Era tan ridícula la alegría de todos que le repugnó la presencia de sus abuelos, tías y ex amantes, como Dios los trajo al mundo, felices en la recepción de su llegada.

Alfonso Quinteros estaba parado con la mueca de siempre y rodeado de tres bellas mujeres, seguía siendo un dictador y, ante el miedo a la reacción de sus guardaespaldas alados, era atendido entre misiones y atenciones especiales junto a dos sacerdotes excomulgados por pedofilia.

Creyó ver, hacia el fondo de aquel larguísimo reducto, a quien no lo había reconocido como hijo. Buscó desesperado, tapándose las partes íntimas, alguien que lo escuchara. Le señalaron un señor deambo negro, camisa cuello mao y zapatos de charol. Se acercó, le tocó el hombro izquierdo y solicitó su regreso a la vida anterior. Ya estaba bueno aquello. Quería difundir, en el grupo de autoayuda al que asistía, su experiencia y recomendar que donde estaban era lo mismo que aquí.

—Buenas tardes, noches...bah no sé, creo que era de día cuando...bueno no importa. Quisiera saber cómo debo hacer para volver a mi vida anterior. ¿Con quién hay que hablar? Lléveme con su jefe — sostuvo con voz decidida

El caballero expresó una larga sonrisa.

— ¿Tiene el formulario? — con un tono de aquellas personas acostumbradas a tratar con gente de ese lugar. Y, por supuesto, lo descolocó.

Aturdido por el pedido y sin bolsillo para guardar papel alguno, inició una larga argumentación.

— ¿Formulario? ¿De qué habla, jefe? A ver si nos entendemos, yo iba caminando por el borde del andén hasta llegar al puente y poder pasar al parquecito de la Virgen de Guadalupe que estaba recién inaugurado y había quedado muy bonito, usted viera, ¡Una chichura!, todo pintadito y como nosotros, los del barrio, habíamos donado la pintura comprada con la colecta que hizo la Mary... la Mary es mi mujer...o era... no sé...qué se yo...¿Qué formulario?— haciendo montoncito con la mano derecha ya que la izquierda la usaba para taparse las partes íntimas.

¹ Profesor de Castellano, Literatura y Latín, egresado del ISFD N° 127. Docente jubilado. Escritor. Presidente AEN, Asociación de Escritores Nicoleños. Titular del Taller Literario "Plumas en el campo" del Centro Vasco de San Nicolás. igvilla64@gmail.com

El caballero le explicó gentilmente que sin el formulario nadie se mueve de allí. Le sugirió que consultara en el otro piso donde atienden casos de extravíos del formulario.

Ya en el primer piso y luego de atropellar a cuanto personaje obstaculizaba la escalera, le explicaron que allí sólo atendían muertes violentas de terceros y no autoeliminación. Para ello debía dirigirse al primer subsuelo donde una joven gris le explicaría su caso. No andaba el ascensor por un intento de motín de los ocupantes del colectivo caído, desde el puente, en 1968. Allí se detuvo, sacó cuentas, lloró contra la pared. Lo consolaron unos jóvenes ex drogadictos y una trapecista con mala suerte. Todos en fila pero no muy cerca porque el motociclista tenía una humanidad peligrosa para tenerlo detrás, esperando el turno.

Lo llamaron. Una mujer gris dio las excusas necesarias y le comunicó que su caso recién se trataría en veinte años. Los de la fila aplaudieron con alegría mientras él lloraba a mares porque se perdería la fiesta de quince de la menor. — ¡QUÉ?!—despidió como un gritito histérico que provocó las risas de dos monjas que, además, lo miraban exultantes porque había levantado sus dos manos.

Veinte años a la cotización del purgatorio era una bicoca para no desperdiciar, le dijeron. Escuchó su nombre, lo atendió otra mujer gris plomo y le adjudicaron un número de expediente. Con él podría revisar su existencia anterior durante unos veinte años más. Lapso suficiente para que el trámite pasara a la oficina de primer piso y fuera tratado por el General Consejo Consultivo.

Allí estuvo veinte años después esperando, en una gran sala, la última decisión.

Le explicaron que debido a una falla en el sistema, no se pudo imprimir la hoja con el sello del Consejo. Una breve demora de diez años solucionaría el inconveniente y automáticamente le otorgarían la autorización para que se dirija al primer piso e inicie los trámites para la vuelta.

Sentado junto a un cantero lleno de calas y rosas negras, escuchó que la anciana del segundo subsuelo había podido traer incrustado en su mano izquierda, un trozo de espejo con características sorprendentes: Podía ver la otra vida.

Cinco años de cola y un pago de otros cinco años en beneficio de la anciana para adelantar su partida, lograron ponerlo en el primer lugar rápidamente. Vio a su familia. Le bastaron unas simples imágenes para reconocer que quedaban esperpentos de aquello que alguna vez fue su esposa. Ya no estaba sola. Había conocido un hombre. Juan, maquinista del ferrocarril, ocupaba su lado de la cama.

Subió al primer piso, rompió el formulario, lo multaron por los improprios con ciento cincuenta años de purgatorio y lo condenaron a compartir el espacio con quien, en su vida anterior, fuera su padre abandonado. Con los años supo ubicarse en un rango superior, gestionar, tener un secretario y varios asesores y hasta conoció al Secretario General.

Allí, luego de varios años, y gracias a los arreglos con el señor de camisa con cuello mao, supo que nunca quiso suicidarse, aunque repetía de cuando en cuando, antes del viaje a lo profundo, que lo último que recordaba era la

ESPACIO 127 - Sección El Café

Revista de interés académico, cultural y educativo

Instituto Superior de Formación Docente N° 127 "Ciudad del Acuerdo"

San Nicolás, Buenos Aires

Año I, Edición N° 2, Julio-Diciembre 2022, pp. 31-33, ISSN 2796-8944



sonrisa de Juan, el maquinista, cuando llegaba la locomotora a la estación y una extraña sensación que lo distrajo: detrás suyo avanzaba el aroma del perfume de su mujer.